

La memoria de Santi

El sol caía justiciero sobre las frondosas encinas y la organización del campamento ponía fin a las actividades de la mañana. Momento, que aprovechó María en la apacible pérgola de robles para hacer carantoñas a su amiga con el fin de sonsacarle más intimidades infantiles. Ambas monitoras coincidían aquel verano y formaban una piña.

Santi, en un reflejo súbito, fijó sus ojos azules en su amiga para expresarle la resistencia a compartir ciertas intimidades. Ésta percibió la sensación de que había pretendido cruzar su *sancta sanctorum*. Ante el aprieto de María, pasó en un tic electrizante de la mirada exigente a esbozar una amplia sonrisa, que le llenaba el rostro. Era la señal de que pasaba de la resistencia inicial a la satisfacción de compartir las intimidades. Proceso, que se componía de dramatización de su yo, como quien representa a un personaje, fluida comunicación de afectos con su amiga y, finalmente, gratificaciones al darles forma escrita, pues era adicta a resumir cada día las conversaciones en su diario.

Durante una semana larga había relatado a María su vida de niña al amparo de los robles centenarios. Le había puesto al tanto de peripecias infantiles, de las travesuras de sus hermanos y de las pifias, que les hacía ella. Le había contado sus andanzas en el colegio y lo feliz, que vivió en el juego. Incluso había compartido con ella, sólo con ella, su relación con Bernardo, su ilusión y los espacios exclusivos, que buscaban para los dos.

La contemplación de un activo cortapicos le sumergió en el recuerdo.

- A veces, prosiguió relatando Santi, es gratificante integrar hilos sueltos en la urdimbre de nuestra vida. Tantos años en el olvido y ahora recuerdo que cuando las tijeras caían en mi poder me convertía en un terremoto para la familia. Se abalanzaban a quitármelas de las manos. Convertía en harapos las prendas, que caían en mis manos o estaban a mi alcance. Con decirte que me llamaban tijeras largas, te digo todo. ¡Qué años!

Otras veces, en cambio, hay que sudar la gota gorda para sacar tinta del tintero, incluso te paralizas en ciertos momentos de la vida.

- Esa parálisis tuvo que ver con la muerte de tu madre, ¿verdad?

- Sí, claro. Tuvo relación con mi madre. Además del dolor por su desaparición y pérdida de referencias, me dejó un desasosiego indefinido. ¿Cómo te lo explicaría, María? Intuía que planeaban ciertas sombras durante mi gestación, que me inquietaban. Por más que se lo rogué, mi madre nunca quiso entrar al trapo de despejarlas. No era nada, me decía, queriendo consolarme. Sólo, hija, que durante tu gestación pasé por malos momentos. Es algo que supongo pasa a todas las madres y seguramente te pasará a ti en los embarazos. Mi madre murió hace cuatro años y me quedé con una incómoda espina enquistada, que me desazonaba. Incluso, perdería la ocasión de sacármela, pues mi padre había fallecido en un accidente de obra muchos años antes.

Además, su muerte supuso la activación de aquellas sombras. El amor desapareció de mi horizonte, los temores hicieron presa en mí, la inseguridad se instaló en mis decisiones, la memoria me agobiaba con recuerdos no deseados. En definitiva, el problema derivó en bloqueo de mis facultades. No me reconocía a mí misma.

Efectué un sufrido viacrucis por psiquiatras, que me prescribieron complejas pruebas cerebrales y media docena de fármacos, los cuales alternaban cíclicamente mi vida por claroscuros, desde el recorte de vitalidad a la euforia vana. Incluso emitieron diagnósticos contradictorios, desde que no tenía nada a que no estaba en mis cabales por abrir al subconsciente la puerta del armario.

Cansada de psiquiatras opté por seguir los consejos de mi familia y ponerme en manos de psicólogos. Hice innumerables test y me sometí a muchas sesiones de diván. Me aplicaron técnicas de relajación, hipnosis, psicoanálisis e inmersión en los primeros años de niñez. Según su criterio,

mi ánimo mejoró. Cierto es que recuperé la vida aparente, pero carente de vitalidad esperanzada y esperanzadora.

En mi fuero interno seguía percibiendo las sombras, que me dejaban en un callejón sin salida. Los recuerdos llegaban hasta un precipicio, que me impedía el acceso al primer tramo de mi existencia, y las sombras afectaban a mi maternidad, porque tenía miedo a transmitir las, igual que mi madre me las legó. Mi vida quedó bloqueada. Por otra parte, mi conciencia me decía que no sería plenamente yo misma hasta ahuyentar las sombras y andar el camino.

En aquella difícil encrucijada tomé la decisión de replantearme la vida. Sólo percibí una disyuntiva. O caer al abismo o mandar todo al carajo, tomar arrestos, aunque no sabía de dónde, y desbrozar sola y sin ayuda mis primeros momentos de existencia. Me decidí por la última opción. Sería la decisión más acertada de mi vida.

- Pues la verdad, Santi, es que no me imagino haciendo tú sola el camino, cuando no pudiste con ayuda de psiquiatras y sicólogos.

- Yo tampoco me lo imaginaba, María. Sin embargo, tras andar el camino, percibí que una decisión de esta envergadura supone andar la mitad del camino e inercia para el resto. Por aquellas fechas me desplazé a mi pueblo porque necesitaba oxigenarme. Un mediodía de finales de mayo, en el que la primavera ponía la guinda a la mañana, me dirigí con pasos alegres a la pradera del encinar, donde de niña jugaba entre hierbas y flores. Elegí la solana de margaritas y me tumbé mirando al sol. En aquel lugar y momento percibí unas sensaciones hasta entonces desconocidas para mí. Sentía que el sol me comunicaba su cálida vitalidad, la tierra cargaba mi ser de energía, las hierbas me abrazaban y mecían con sus brazos, las antorchas de luz, color y aroma de las flores me guiaban, sentía el aliento de Dios en el universo, que me transportaba inesperadamente de gratificación en gratificación por espacios insospechados.

Percibí la necesidad apremiante de vivir en plenitud aquel momento. En un instinto vital acompasé la respiración, mi cuerpo se dejó seducir por las gratificaciones, los párpados se volvieron paulatinamente pesados, cerrando las ventanas a mis ojos, y mi cuerpo ralentizó su ritmo, accediendo al umbral del sueño con plácida lucidez, sin turbaciones, que me distrajeran. Pero, ¡he aquí la maravilla!, en aquel umbral no pasé al sueño. Me sedujo un resplandor, que emergía de una especie de gruta, a la que llegué por una senda estrecha. Percibí la densa y húmeda calidez de aquel recinto familiar, que me envolvía con amor, y me permitía adaptar lugar y tiempo a mis deseos.

Había accedido al claustro materno. No podía permitirme perder un momento de mi vida en aquel feliz espacio cálido y luminoso. Mis inicios fueron de vértigo. Los tengo registrados como universo de microscópicos torbellinos helicoidales de luz y color. Sentí la satisfacción de mi madre por aportar su maternidad sin reservas al proceso de creación y evolución.

También percibí en aquel mundo de felicidad las sombras, de las que mi madre optó por guardar silencio. Sombras sin rostro, que la abroncaban y le hacían llorar y sufrir lo indecible por el cariz, que tomaba mi gestación. Sentí que se debatía entre la esperanza, que ponía alas a mi felicidad, y el temor, que me amenazaba con un afilado cuchillo. Ella me abrazaba con sus manos protectoras. Las sombras me inmovilizaron algún tiempo. Sin embargo, llegó de nuevo el cálido amor de madre, que me sacó de aquel limbo, y percibí la esperanza de vivir.

El resto de mi permanencia en el claustro materno transcurrió feliz. Paulatinamente, fui percibiendo a través de mi madre tacto, olores, presencias conocidas ... hasta que decidí abandonar mi gratificante morada, para lo cual debía transitar sola, sin ayuda, por un oscuro túnel.

- Santi, tus confidencias me han emocionado. Sin embargo, ¿crees que cuanto me has relatado ha sucedido así? ¿No será fruto de tu

ilusión y deseo? ¿Era tal y como cuentas tu seno materno y cuanto sucedía en él?

- Verás, María. En el mundo de la gestación hay informaciones, que se perciben directamente, quedan grabadas en nuestro organismo primigenio, como los vertiginosos torbellinos helicoidales de luz y color en los albores de la fecundación. Otras, en cambio, como las amenazadoras sombras sin rostro, presencias conocidas, olores, tacto, etc, necesitan la mediación activa de la madre.

- Maravilloso. Pero insisto. ¿Es realidad? ¿Cómo lo contrastas?

- Es una verdad percibida, que no siempre podemos contrastar, aunque a veces la suerte cae de nuestra parte. Hace un par años encontré entre los papeles de mi madre una vieja nota, que decía: *Querida Matilde, me habría gustado ser como tú. No sabes cuánto te envidio y te admiro. Un abrazo de tu amiga Feli.* Sin demora, me dediqué a indagar quién era Feli. Un pariente lejano me puso al tanto y di con ella en otra ciudad.

Feli me desveló que fueron amigas y se quedaron embarazadas por las mismas fechas. A ella la forzaron a abortar y abortó. Mi madre, a quien también forzaban a abortar, padeció y aguantó amenazas, se tragó lágrimas como puños e incluso algunas semanas temió por mi gestación. No sabe de dónde sacó fuerzas para enfrentarse a tantas presiones y llevar a feliz término mi gestación. Hijita, ultimó entre lágrimas y con la voz cascada por la emoción, has conseguido avivar mi error de juventud y mi admiración por tu madre. ¡Matilde tenía madera de madre! Gracias, Feli, por tus palabras, le dije. Caen como oportuno aguacero en tierra sedienta.

- ¿Y qué fue de las sombras, de tus sombras?

- Las sombras, María, se desvanecieron como azucarillo en agua al percibir que mi madre colmó de nuevo su seno de amor para gestarme.

Mayo, 2012

César Herrero Hernansanz